

- Estigmas de juventud: *"Show Yours Wounds"*, un proyecto expositivo malagueño para el Museo de Arte Moderno de Tarragona, mayo-junio 2003

*Miguel Ángel Fuentes Torres*

*No hay herida más dolorosa que aquella que no sangra.* Siempre hemos notado que el dolor se puede interiorizar hasta desembocar en una cúmulo de sensaciones que de alguna manera quedan reflejadas en el exterior a través de los rostros. Son muchas las heridas que se agolpan en el infierno de una mirada. Son demasiadas las veces en que el tacto no soporta tanto abandono.

Atendiendo a una extensa programación en la que se pretende destacar la labor de las nuevas generaciones de artistas, el Museo de Arte Moderno de Tarragona fue el escenario de la exposición *Show Your Wounds* del artista antequerano José Medina Galeote entre el 15 de mayo y el 22 de junio del 2003. La idea parte de la elaboración de un discurso que perpetúa la ubicuidad de la mirada como metáfora redentora del individuo. Para ello, elabora una sutil intepretación de la realidad cotidiana que viven los alumnos de un colegio de la provincia de Málaga que brinda el espacio físico y el referente humano contextualizador del proyecto.

De nuevo la imagen analógica sirve de soporte para la representación de todo un mundo interior. En estas creaciones queda reflejada la mirada interior de los protagonistas que hacen suya la participación activa en todo el proceso; la solemnidad del retrato contrasta con el carácter pueril del resultado. Sin embargo se advierte cierta reminiscencia de una batalla interna que tiene como resultado las distintas expresiones que quedan atrapadas en un universo real.

Walter Benjamin solamente recordaba que la fotografía terminaría un trabajo que siglos antes se inició por otros procedimientos de reproducción: la pérdida del aura en la obra de arte. En estos momentos son las propias imágenes de los rostros juveniles las que denotan una cierta relevancia en este sentido ya que enfatizan esta circunstancia que ahora viaja hasta el alma del retratado. La consigna es, como en anteriores trabajos, demostrar que siempre queda algo por lo que sentirnos partícipes, algo que nos conmueve y nos aglutina en torno a una nueva referencia del sentimiento humano.

Hoy, cuando la sociedad se muestra como un vagabundeo sistemático de numerosos entramados en los que la realidad asimila las diversas formas en que se presenta aquello que nos rodea, la existencia del ser queda mediatizada por la tarea consumista impuesta, que acaba por determinar las relaciones; estas, marcadas también desde la juventud, buscan la subversión del individuo que navega por otros



territorios extintos en los que la carencia del tacto se sustenta con el reflejo del mundo que le cobija. De esta manera, siempre quedan esos testimonios, que a modo de reflexiones, se acumulan formando espirales de sensaciones donde los recuerdos llegan a través de los objetos cotidianos.

Pero lo que verdaderamente importa en este caso son las expresiones que marcan el principio de un viaje, un periplo hasta las inmediaciones de la oscura resonancia que es el alma humana. Aquí son representadas esas heridas por las que en algún momento pasamos (y que seguro se nos antojan todavía cercanas) en nuestra vida. El autor ha querido denominar a la recopilación de experiencias, *Muestra tus heridas (Show Your Wounds)*. Este tono directo cuestiona el valor de los recuerdos como arma que refleja la feliz memoria.

En la iconografía cristiana los religiosos que estaban más cerca de Dios reflejaban en sus cuerpos las heridas que Cristo sintió en el martirio, San Francisco de Asís vino a ser y a encarnar una prueba fehaciente de ello. Los estigmas sangrantes eran la prueba fehaciente, física, de que el cuerpo estaba alcanzando la divina providencia en un mundo lleno de amargura. Ahora esa sangre, esa laceración de la carne ha quedado magnificada en la piel y las caras en un intento por demostrar que el alma y el dolor están quietos en las miradas.

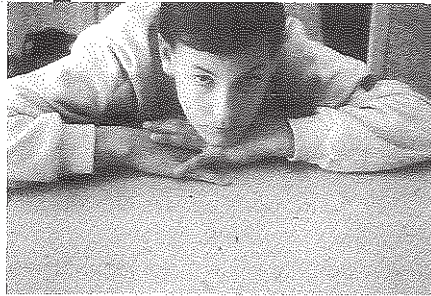
Evidentemente es otro tipo de dolor el que se muestra; es un dolor interno, agresivo, cercano y atrevido el que sale al exterior atestiguando las heridas que



subyacen también en los dominios del corazón. Pretender sacar todo el oculto mundo de los sentimientos, encender las luces ensombrecidas de los ojos en la nitidez de unas caras que saben que algo no marcha bien o que todo se puede resquebrajar en un segundo. Son estos cometidos los que marcan la centrada trayectoria de la imagen que queda convertida en un paraíso donde la mirada se ancla.

El espectador puede agotar la distancia con el recelo que le produce la contemplación de las obras. Desde el resquicio de monótonas resonancias, se convierte en parte esencial del conjunto, adquiriendo un nuevo sentido dentro del espacio donde se articula la muestra. En el preciso instante en que comienza la observación, una sensación conocida se acerca hasta nosotros en un acierto de *deja vu* que nos transporta hasta una infancia de juegos y placeres nuevos que se antoja lejana pero siempre redentora.

Los objetos, utensilios comunes en la vida del joven estudiante, sirven de estímulo para que el artista construya un nuevo discurso en el que basar unos planteamientos afines a las pretensiones de la muestra; en este sentido, las fotografías de las baquetas que se alzan como bosques ensimismados y silenciosos alrededor de un pensamiento efímero contrastan con las huellas dejadas en las tablas de las mesas, marcas que parecen rasgar la piel mostrando las frustraciones, anhelos, etc. que circundan la imaginación de un niño adulto. La experiencia con el trabajo personal y la acertada labor de indagación en el entorno cercano, hacen del autor el perfecto explorador de las vivencias juveniles. El espacio donde desarrolla



su obra bascula entre la severidad de las reglas y la extinta libertad de los movimientos que hacen de los alumnos emblemas de una decidida esperanza captada por el objetivo de la cámara, prolongación de la retina que pervierte lo observado.

Esta mirada cobra un inusitado protagonismo dentro de un extenso trabajo que queda supeditado no solo al resultado final, elocuente y significativo en la trayectoria del autor, sino también al choque con la contemplación por parte del espectador que hará suya cada una de las miradas expuestas. Todas son distintas y todas son iguales, todas beben de una eterna juventud que inexorablemente camina hacia la madurez temprana. El tiempo no tiene un recorrido lineal, pega demasiados saltos que no se pueden controlar siempre.

En algún momento recuerdan estas miradas a una especial, la del joven Louis Cuchas en la novela de Georges Simenon "*La mirada inocente*". Allí, en un barrio perdido del París de principios del XX, el protagonista de la historia no se afanaba por entender nada y ni mucho menos comprender lo que veía, simplemente miraba y esa actitud pasiva era el cobijo que tenía frente al mundo que le rodeaba. Nada tenía sentido, solo el acto en sí de mirar solventaba su precaria situación. El sentido de lo vivido y el anhelo por vivir rodean cada una de las miradas que Medina Galeote trae hasta nosotros, como si fuéramos parte de ese recuerdo que el viento nos regala desde la remota y serena paciencia de nuestra juventud.